

Eduardo Gasca: poesía y subversión

Ramón Ordaz
 Universidad de Oriente(UDO)
 ramonordaz.quijada@gmail.com



Ilustración: Alfonso Carvajal

El solipsista predica con el mal ejemplo. En esa comedia de equivocaciones no hay acto para otros; todo homenaje y ofrenda debe subsumirse en el ungido, en el engreído pensar que los dioses del Olimpo crearon el árbol de laurel para coronar una sola frente. Hay poetas que se lo creen y por eso sus vidas andan del timbo al tambo con la suerte torcida. El hombre errático, pues, que para mantenerse a flote hace antesala hasta en los más oscuros salones de la política. Por eso Dios los premia todos los días con un potaje de nimiedades. Al poeta Eduardo Gasca le organizaron un homenaje que no fue honrado, como debía ser, por los promotores de una Biental que se realizaba en la isla de Margarita. A excepción del orador de orden, el escritor Celso Medina, no honraron, insistimos, como era de esperarse, el talante del poeta y profesor universitario. No es esta una defensa de Eduardo, tampoco el poeta la solicitó. Me encanta hacer de intruso, pero abonando arenas y nácares en el mar al que

creemos pertenecer. Ese mar, que es también la poesía, alberga peces para todos, y el que sepa pescar tiene garantizados sus derechos. Eduardo fue un pescador, vale decir, un poeta, no porque lo supongamos, sino porque es autor de unos libros de poesía, además de narrador y traductor reconocido. Desde mi cercana lejanía consideré que se merecía el reconocimiento de sus iguales y se lo hice saber. Ahora lo hago explícito. Fue mi profesor de Literatura Inglesa en la Universidad de Oriente y por obra de su inteligencia se nos hizo familiar la poesía de T.S. Eliot. Gracias, Eduardo, por esas clases, y gracias por la amistad sobrevenida. El tiempo pasa, nos leemos, y el arrollador silencio lo sepulta todo. “Canción de Morgan el sanguinario” es su primer poemario; breve y conciso, como es toda su poesía y su prosa. En su momento lo leímos, nuestros recuerdos son vagos y confusos, y como tal debe considerarse un logro como lo demanda un epígrafe del Génesis en el libro. En su segundo poemario, “Ir donde no llaman”, sin

abandonar las trucadas palabras, refina la buscada vaguedad de sus primeros poemas, para situarnos frente a un críptico trasiego de sombras, transportes de “personajes” que hacen puente con sus relatos. Zurcido invisible de los versos, certera individuación del laconismo como estilo, el sesgo irónico y la ambigüedad como credo literario, son los distinguos de su poesía. Subvierte el orden sintáctico, transgrede el encabalgamiento valiéndose de elipsis, voluntarios lapsus linguae, hipérbatos y parodias que ponen en vilo una sintaxis cuyo propósito es dar con el lector cómplice, el que tiene que vérselas con las distintas perspectivas desde donde escribe el poeta, buena parte visual, plástica, como ocurre en el poema “Vivo en la ciudad”. Desde una ventana, ojo de luz virtual, agencia el transcurrir cotidiano que poetiza. Hay que practicar el voyerismo como Eduardo Gasca para percatarse que la subversión es total, de forma y contenido. “Crónica de la fundación”, “Humo de las tierras altas” son significativos ejemplos.

Con Eduardo tuvimos muchos encuentros y desencuentros, pero siempre medió entre nosotros un bastión inexpugnable: la amistad, que era franca con auspiciosas luces de intercambio. Cuando hubo que corregir fallas o faltas, presente estuvo la voluntad de ambos para reconocerlas. Fue el hombre que caminaba bajo su sombra, que era luminosa, pero no le encajaba la caballería andante del petulante o del engreído. Su bajo perfil lo volvió notable y el que quiera buscar, no lo defraudará. Embarcado desde su juventud en el sueño utópico, abandonó su travesía en la tierra marcado por la desilusión que le dejó un proyecto en el que pudo creer, así como con palabras bajo el umbral de un largo fraude expresaba su desengaño. Jugando siempre a los equívocos, al intencional *quid pro quo*, a la ambigüedad, a las constantes paradojas, Eduardo siempre fue esquivo en su lenguaje, amante del doble sentido. Un hombre así no podía encapsularse en las mentes retrógradas de una ideología. Sus “odas” son singulares. Su “Oda a la botella de gasolina”, que pudo estar inspirada en un pasado “revolucionario”, como vivimos tiempos críticos la lírica receta de tan inflamable artefacto de guerra sigue siendo útil y, para consolación, ese “odor di femmina” que no es más que un celebrado homenaje a las mujeres que trabajaban en el Paralelo 38, popular e histórico prostíbulo de Cumaná, “Aquellas muchachas de entonces, ¿qué se hicieron?

Sigues entre nosotros, Eduardo, ¡salud!

ODA A LA BOTELLA DE GASOLINA

por vía seca
nitrato sediento y nevazúcar
clorato ansioso y ampolla de agua
regia
y mucha suerte hermética
por vía húmeda
rabo de estopa
y llama
y alas en los pies
una botella de gasolina
vuela
torpe
como la avutarda
y aterrizo como una salamandra
frasco de agua ardiente
prima de la granada olorosa
y si el tanque de guerra es un pie de
acero
con orugas
y la granada en el suelo huevo de uvas
y hoja de morera
revienta un mosto de candela y seda
flameada
y si el tanque una gallina gris con
ruedas
y la granada un huevo de esquiras
eclosiona un dragón plumudo
dice heráclito y dice ningún vehículo
se baña dos veces en la misma mo-
lotov
una botella lanzada en parábola
se hunde como un barco
en un mar de panes y de peces
de fuego

AQUELLAS MUCHACHAS DE ENTONCES, ¿QUÉ SE HICIERON?

el olor a kerosén y aquel otro olor
permanecen
el lavamanos blanco como un locu-
torio
el jabón azul como una navaja
la cobija de motas rosada como un
rosario
y el olor aquel
permanecen
y permanece el enano que pegaron
del techo
y la rockola verde con cabeza de ha-
cha
y los bombillos rojos y los bombillos
azules
y el vuelo susurrante de las botellas /
ay mi madre
permanecen al final las sillas sobre
las mesas
esa tranquilidad inmensa
con que la noche recibe a la mañana
y se pudiera escribir una novela
el espejo permanece / dime qué hace
un espejo como tú en un sitio como
este
tres platos de carne
la oferta del oficio
y el olor
permanecen